

# LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA se publica  
los días 15 y últimos de cada mes.  
Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO  
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.  
S. Sebastian-75.  
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripción.  
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.  
Solo se admite suscripción por trimetr.

## CARTA DE JULIA A GRACIELA E ISAURA.

Puerto-Rico 10 de Agosto de 1,875.

Queridísimas amigas mías: ¿Cómo no hemos de parecer pedantes Marisabidillas las pocas que nos ocupamos en el estudio y en conferencias instructivas, en donde, por desgracia, la mayor parte de las jóvenes miran los libros científicos como cosa que debe serles impropia? ¿Alguna vez abren los de recreo, generalmente los mas vulgares, y en punto á periódicos, solo se dignan contemplar los figurines de "La Moda." ¿Qué mundo de muñecas y frivolidades es ése en que se resignan á vivir, seres que andando el tiempo habrán de ejercer las influencias de la esposa y de la madre? ¿Qué bien puede esperar entónces la humanidad de tales influencias?

Sabido es que

"La piedra opone resistencia vana  
"á la gota tenaz; el testarudo  
"carácter varonil se ablanda y toma  
"la forma que ella quiere, ella le doma."

¡Pero para qué hemos de desvelarnos en el estudio, si de nada nos sirve? Cuando no se mira por muchos de mal ojo la instrucción en las mujeres, por lo menos la torna inútil la falta de ocasiones en que aplicar los conocimientos adquiridos.

Pasó afortunadamente aquella preocupación, por la cual nuestros abuelos se negaban á que sus hijas aprendiesen á escribir, para evitar, según decían, que se *cartearan* con los hombres. Señora anciana he conocido, que aprendió aquel arte copiando las letras de un devocionario, escondida de noche bajo su lecho y á la levisima luz que podía proporcionarla medio centenar de *cucubanos* encerrados en un frasco de cristal; aún quedan resabios de semejante preocupación, pues, por desgracia, todo mal deja sus huellas.

Muchos padres de hoy manifiestan los mejores deseos en cuanto á la educación intelectual de sus hijas; pero en la práctica se conten-

tan con que aquella sea dirigida ó activada por la esposa, que hija á su vez de la época de los *cucubanos* no suele dar á la instrucción una importancia que ella, que la recibió escasa, no está en aptitud de apreciar debidamente. De alguna sé yo, Doña Micaela, por ejemplo, que cuando se la habla de ello, contesta, que lo que vale en las jóvenes, aparte de cierto barniz de modales, es la dote; otras dicen que la suerte, otras que la hermosura, y todas por regla general prefieren para sus hijas, las joyas de oro á las joyas de inteligencia; siendo mas pródigas del dinero en punto á dotarlas de las primeras que de las segundas.

La Doña Micaela añade, que ella no necesitó de instrucción alguna para ser atendida y festejada y para encontrar marido á su gusto, dando á entender que su hermosura y su *arte natural* fueron el principal ó único agente de sus victorias. De esto se deduce, que la instrucción se dá á las mujeres entre nosotros, salvo no comunes excepciones, sólo en fuerza de la costumbre, es decir: que así como en la infancia se las compra juguetes y se las vacuna, y á los quince se las lleva á los bailes, es preciso que durante los años intermedios se las ocupe en algo. Además, no daña que aprendan á leer y escribir, coser y bordar; ántes bien, todo esto puede servirles para ser luego amas de su casa, así como el piano, porque es cosa que suena bien, sirve de distracción á los padres y de atractivo en el estrado; pero la Gramática en debida forma! Ellas no van á ser literatas. Verdad es que suelen escribir *gayo* por *gallo*, *arma* por *alma*, y etc., etc., pues sería el cuento de nunca acabar.— ¡Elementos de literatura! ¿para qué si no van á ser escritoras? Poco importa que no sepan dictar una simple carta, ni que llamen *un verso* á la estrofa entera, ó comedia á la tragedia, ó que pregunten [histórico] si Camoens es algun pájaro. ¡Elementos de ciencias! Para qué si las mujeres no van á ser ni abogados, ni médicos, ni ingenieros, ni cosa que lo valga; poco le hace que crean respec-

to de las leyes y fenómenos físicos, lo mismo que creían los indios ó los lapones. En cuanto á matemáticas, deben contentarse con algo de *sacar cuentas*, para que *sepan sacar* las de su casa.

Esto me recuerda el dicho de cierta amiga nuestra, que al hablar del estudio de la Lógica, expresó, que las mujeres no necesitábamos estudiarla, porque siempre los hombres aunque afectaban despreciarnos, conclufan por darnos la razón; y que *la que más y la que menos*, sabe buscarla y hacerla valer cuando le conviene. Verdad es que en este sentido tampoco necesitamos del estudio del derecho; pues al cabo *nos salimos con la nuestra* por aquello de que

*si tu mujer quiere el atajo  
pídele á Dios que sea bajo.*

En resumen, según dice Don Ciriaco, basta con que sepamos ser buenas esposas y madres de familia. Como si este señor, al hablar así supiera lo que es ser bueno en esta materia! Un hombre que en sus resabios y preocupaciones revela tanto los de las viejas!

— Pero, señor mío, le diría yo ¿quién ha llamado á U. á decidir lo que debemos aprender las de nuestro sexo? Si Dios nos dió la inteligencia ¿fué para que UU. los hombres trataran de limitarla y modificarla á su antojo y conveniencia?

— La moralidad, los principios. . . .

— ¿Pero qué moralidad, ni qué principios puede haber en el vacío de una mollera? El deber entra en forma de precepto ó máxima, se afirma por el razonamiento, y se fortifica por el ejemplo: ¿cómo comprender, razonar, ni comparar sin el ejercicio, la gimnástica del entendimiento, de la reflexión?

Pero á esto me dice Claudia, con visos de razón, que para qué la sirve entre mujeres desaplicadas y entre hombres llenos de rancias preocupaciones, lo poco que por excepción sus padres, la hicieron aprender. Que nunca tiene ocasión de hablar de ello, el único estímulo es la indiferencia cuando no el sarcasmo, y que hasta ha observado que sus amigas se encuentran muy bien quistas con los pollos, muy contentos á su vez con no *chapucear* sino necedades y simplezas.

— Yo le replico que se imponga á los necios, pues el mismo sarcasmo de éstos revela su envidia, sinónimo de inferioridad; que esto debe consolarla y que oponga mayor aplicación aún, á la indiferencia con que pretenden asfixiar su entendimiento: que su propia satisfacción será el premio de su constancia, concluyendo por animarla en sus nobles propósitos. Por último, “que nadie sin tesón ni árdua porfía logró alcanzar las palmas de la gloria.”

Esta predicación no es nula para quien como Claudia, sabe ya distinguir lo bello y noble que se encierra en el saber; la ignorancia,

aunque se presente á sus ojos con halagüeño manto de flores, no puede encubrir para ella el raquitismo que la hace inepta frecuentemente en la esfera del deber, y cuya deformidad no logran ver los que en ella viven.

Y si leyese siquiera lo trivial, tal vez por este camino irían á lo mas serio; pero si las hay como Petronila, que no ven un libro en todo el año!

¿Cómo vivir así?

Sin duda como no comparan, y sin comparación no hay juicio, olvidan por inútil ó impracticado, lo poco que aprendieron; se saturan de la atmósfera *anémico-intelectual* en que respiran, y enmohecándose más y más cada día los tornillos del aparato intelectual, vienen á quedarse como si no le tuvieran. El niño que no come, ni crece ni vive. Entendimiento que no se nutre, se muere de tisis.

— Por eso veo, me dice Claudia, tantas cabezas llenas de viento.

— De humo.

— Veces hay en que temo verlas salir volando como los globos.

— Las retiene la carne, es decir, el cuerpo.

— He oído que cuando el diablo quiere colarse, encuentra mas fácil la entrada cuando la casa está vacía.

— Claro es que debe preferirlo así, para estar mas á sus anchas; eso menos tiene que desalojar, al instalarse con sus zarandajas y musarañas.

— Y telarañas, dirías mejor.

— Pero ¿á qué hablar de si las mujeres léen ó nó entre nosotros? ¿Y los hombres?

— Oh! les falta tiempo para lo positivo.

— Voy creyendo que lo positivo es en ellos lo que el vacío en ellas: telas de araña.

Hasta otro día.

Vuestra affma.,  
Julia.

## GUILLERMO Y ELENA.

### BALADA DE WALTER SCOTT.

La bella Elena despierta de un triste sueño y con los ojos fijos en la naciente púrpura del día, exclama: cuánto tardas, amor mío! ¿Eres perjuro? ¿Has muerto?

Bajo la autoridad régia del bravo Federico, sigue temerario Guillermo la cruzada, y ni una sola palabra sobre las guerras de Palestina ha venido á informar á Elena de la suerte de su amante.

Al cabo pactóse una tregua con paganos y sarracenos, y cada caballero partió á enjugar las lágrimas que vertía su amiga.

El valiente ejército cristiano regresaba á la patria entonando alegres cantares; el ver-



de laurel, gaje de la victoria, ondeaba junto á los penachos.

Viejos y jóvenes, padres é hijos se apiñan en su senda, y los ardientes clamores, la alegría, los armoniosos cantos pagan la deuda del cariño.

Mas de una doncella encuentra fiel á su amante y solloza al recibir sus caricias, y tanto las sonrisas como las lágrimas se mezclan sucesivamente en la cambiante fisonomía de las jóvenes.

Ni gozo ni sonrisas hubo para la triste Elena! En vano sigue al ejército; nadie puede decirle cuál haya sido la suerte de Guillermo, si es perjuro ó muerto.

La falange de guerreros ha pasado ya; Elena se arranca sus negros cabellos, y presa de amarga locura, llora con salvaje desesperación.

— Oh! levántate hija mia, la dice su madre; no te entristezcas en vano; nunca han atraído las lágrimas el voluble corazón de un amante perjuro.

— Oh! madre mia! ha pasado, pasado, y lo perdido, perdido para siempre: la muerte, la muerte sólo puede consolarme, así pudiera no haber nacido!

— Señor! no tomeis en cuenta lo que dice esta pobre niña — exclamó la piadosa madre; no le imputeis esta blasfemia, pues no sabe lo que dice.

Reza, hija mia, vuelve tu corazón hacia Dios y su misericordia! su voluntad ha cambiado tu dicha en miseria: ella puede cambiar tu miseria en dicha.

O madre, madre! ¿qué es la dicha? O madre qué es miseria? El amor de mi Guillermo era el cielo en la tierra, sin él la tierra es un infierno.

¿Porqué rezar al implacable cielo si mi Guillermo ya no existe? Yo no rezaba sino por él, y todas mis plegarias han sido inútiles.

Oh! rómpete, corazón mio. Desesperación, tú eres mi Dios. La mano del cielo pesa sobre mí, toda plegaria es supérflua.

— Señor, repetía la madre, no tomeis en cuenta lo que dice esta débil criatura; ella no sabe lo que su lengua pronuncia.

Alejadetí, hija mia, esa tristeza desesperada, vuelve tu corazón hacia Dios, y su misericordia puede convertir tu miseria en dicha.

— O madre, madre, ¿qué es la dicha, qué es miseria? Sin mi Guillermo, qué sería el cielo? ó con él, qué sería el infierno?

Así, en su desvarío, blasfema la infeliz; y llena de angustia, recorre su estancia silenciosa y solitaria.

Golpéase el pecho, retuércese los brazos en tanto que dura el día, y la luz de las estrellas viene á brillar al través de las rejillas de su estancia.

De repente, el puente levadizo suspendido, cayó sobre el foso de la torre, y el paso de un caballo resonó en aquél.

Oyóse el ruido sonoro del acero en el momento en que el jinete bajó del caballo, y oyéronse en seguida pesados pasos en la giratoria espiral de la escalera.

Resuenan el cerrojo y los goznes de la puerta, y por último una voz conocida murmura estas palabras:

— Despierta, mi amor, despierta, Elena mia!

— Amado mio!... porqué tan tarde? Velaba y lloraba por tí: he sufrido tanto desde la aurora!... ¿En dónde estabas, mi Guillermo?

— Llego en este momento de Hungría: he cabalgado desde que las tinieblas cayeron sobre la tierra, y vamos á partir juntos para llegar á la frontera antes que suene la campana matutina.

— Oh! quédate aquí esta noche. El viento sopla á través de los matorrales. Bien mio, estás helado como la muerte.

— Deja que el viento sople al través de los matorrales. Es preciso que partamos esta noche. El corcel está listo, la espuela brilla y no puedo esperar la venida del día.

Vamos, vamos, y pronto! Montarás á mi grupa, en mi negro caballo berberisco: por encima de hayas y barreras, andaremos cien millas de una tirada para hallar el lecho nupcial.

— Durante la noche! cien millas durante la noche! Oh! quedémonos aquí, querido Guillermo! La campana toca la media noche, hora sombría y terrible! Sí, amado mio, aguardémos el día.

— Mira, mira! la luna está hermosa. Yremos rápidamente. Monta y adelante! porque antes de la aurora reposaremos en nuestro tálamo nupcial.

Resopla el caballo y el bocado resuena entre sus dientes; vamos pronto, siéntate á la grupa. El festín está dispuesto, la alcoba adornada, y los convidados ya reunidos nos aguardan —

El amor vence el temor de la doncella, monta á la grupa del corcel y enlaza con sus hermosos brazos la cintura de su bien amado Guillermo.

Y parten galopando tan de prisa, tan de prisa cuanto es posible; y bajo el ferrado casco del corcel arrojan las piedras, regueros de fuego.

Y á derecha é izquierda, sin que su vista pueda fijarse un solo instante, montañas, llanos y praderas, cabañas y castillos huyen con rapidez bajo sus ojos.

— Tente firme, amada mia... tienes miedo?... La luna está brillante?... mi caballo es ligero....

ciudad, y al corazón el de bondad y elevación. (*Sistema de legislación ó recursos para formar hombres útiles y virtuosos.*)

La introducción de la gimnaseología en el sistema de educación de las naciones modernas de Europa, constituirá una época notable en la historia.

Arranquémos á la generación presente nuestros hábitos voluptuosos y la molición de nuestras costumbres afeminadas, para obtener un alma de fuego en un cuerpo de hierro, á fin de que, mas perfecta que nosotros, se muestre digna de su noble destino.

(BUILLOT.)

La debilidad no es el vicio, pero conduce á él.

(LARCHER.)

La fuerza y la majestad, son propias del hombre.

(BUFON.)

La ociosidad enerva los cuerpos mas robustos: el ejercicio y el trabajo fortifican los mas débiles.

(PLUTARCO.)

La ociosidad corporal, se parece á las materias corrosivas, consume mucho mas que el trabajo.

(BUCHARDAT.)

El ejercicio es uno de los mejores manantiales de salud.

(PETIT JENN.)

La sábia Medea no fué maga, porque recibiendo los cuerpos humanos débiles y afeminados los robustecía en el gimnasio con sábios y bien combinados ejercicios, tornándolos así fuertes y varoniles. De donde salió la voz de que cocía las carnes para restituir las á la juventud.

(DIÓGENES.)

La bondad de los órganos intelectuales, depende del vigor de los órganos físicos.

El niño sano y robusto es comunmente alegre, franco, inteligente. El débil se hace sombrío, desapacible, de mal génio y exigente: apresurémonos á remediar este mal, poniendo todo el cuidado posible en la educación física del hombre.

(BONIN.)

Me desprendí de los placeres desde la edad de 30 años, á fuerza de fatigarlos con la sobriedad y el ejercicio.

(MERCURIAL.)

Se debe tener cuidado del ánimo y éste no puede hacer nada útil y bueno sin el auxilio del cuerpo, por lo que es necesario que éste se halle fortificado por medio de bien combinados gimnasmas.

(DÁVID, LOS REYES, LIB. 2º, CÁP. II.)

## EL ESCARABAJO DE ORO

POR EDGARDO POE.

(Continuación.)

¡Si hubiese sabido que estabais aquí! dijo Legrand, ¡pero hace tanto tiempo que no se os ve! ¿Cómo podía adivinar que vendríais á verme esta noche? Regresando á casa, he encontrado al teniente G... y le he prestado el escarabajo, de modo que no podreis verle hasta mañana por la mañana. Quedaos aquí esta noche, y al salir el sol mandaré á Júpiter por él. Es la cosa mas encantadora de la creación.

— ¿Qué? ¿la salida del sol?

— No, hombre, el escarabajo. Es de un brillante color de oro, del tamaño á poca diferencia de una nuez grande, con dos manchas de un negro de azabache en uno de los extremos de la espalda y una tercera algo mas larga en el otro extremo. Los cuernecillos son...

— Os aseguro, Massa Will, dijo Júpiter, que no es de estaño; el escarabajo es de oro, de oro macizo, de un cabo al otro, por dentro y por fuera, menos las alas; nunca he visto un escarabajo que pese la mitad de lo que éste.

— Corriente, Júpiter, supongamos que tienes razón, replicó Legrand menos vivamente de lo que correspondía á la situación; ¿pero es esto motivo para que dejes quemar las zarzetas? El color del insecto, — y se dirigió de nuevo hacía mí, — bastaría en verdad para hacer plausible la idea de Júpiter. No habeis visto nunca brillo metálico mas resplandeciente que el de sus elictas, pero no podreis juzgar de ello hasta mañana. Entre tanto os daré una idea de su forma.

Hablando así, sentóse á una mesa sobre la cual había una pluma y tinta, pero no papel. Buscólo en un cajón y no hallándolo, dijo:

No importa, esto bastará.

Sacó del bolsillo del chaleco una cosa que me pareció un pedazo viejo de pergamino muy sucio, y dibujó encima una especie de croquis con la pluma. Durante este tiempo yo había permanecido junto al fuego, pues seguía sintiendo frío. Cuando hubo terminado el dibujo me lo dió sin levantarse. Al recibirlo de su mano, se oyó un ladrido acompañado de un ruido en la puerta. Júpiter abrió, y un enorme perro de Terranova, propiedad de Legrand, se precipitó en el aposento, saltóme sobre los hombros y me colmó de caricias; pues me había ocupado mucho de él en mis visitas anteriores.

Cuando hubo terminado sus brincos miré el papel, y si he de decir verdad, me sentí turbado por el dibujo de mi amigo.

— Sí, dije despues de haberlo contemplado algunos minutos, es un escarabajo muy extraño, lo confieso; nuevo para mí; nada he



visto que se le parezca, como no sea un cráneo ó una cabeza de muerto.

— ¡Una cabeza de muerto! repitió Legrand. ¡Ah! sí, tiene alguna semejanza. Las dos manchas superiores forman los ojos y la más larga que está en el otro extremo figura una boca, ¿no es cierto? Por otra parte, la forma general es un óvalo....

— Será así, contesté; pero creo Legrand, que sois poco artista. Esperaré á que haya visto el animal para formarme una idea de su fisonomía.

— Si sabré yo cómo se ha de dibujar, pues he tenido buenos maestros y me precio de inteligente en la materia.

— Entonces os estais burlando, amigo mio; esto es un cráneo; un cráneo perfecto, segun todas las ideas admitidas relativamente á esta parte de la osteología, y vuestro escarabajo sería el mas extraño de todos los escarabajos del mundo, si se pareciera á esto. Vamos, ¿no estableceremos ademas alguna superstición pasmada? Presumo que llamareis á vuestro insecto *scarabaeus caput hominis*, ó algo que se le parezca: los libros de historia natural están llenos de designaciones de esta clase. Pero, ¿dónde están los cuernecillos de que me hablais?

— Los cuernecillos? dijo Legrand, que se enardecía de un modo inexplicable, ¿no los veis? Los he hecho tan distintos como lo son en el original, y presumo que esto basta.

— Los habreis dibujado, dije; pero lo cierto es que no los veo.

Y le devolví el diseño sin añadir una palabra mas, no queriendo enojarle; pero me sentía muy conmovido por el aspecto que había tomado el asunto; su mal humor me tenía violento, y en cuanto al cróquis del insecto, puedo asegurar que no tenía cuernecillos visibles, y el conjunto parecía la imagen ordinaria de una cabeza de muerto.

Volvió á tomar el cróquis con aire sombrío, é iba á echarlo al fuego, cuando clavando la vista en el dibujo, me parecía que dejaba encadenada toda su atencion.

Su rostro se puso intensamente encendido, y en seguida se volvió pálido, y por espacio de algunos minutos siguió examinando el dibujo, sin moverse del asiento. Despues se levantó, tomó una vela y fué á sentarse encima de un cofre, al otro extremo del cuarto, en donde continuó examinando el diseño y volviéndolo en todos sentidos. Como no decia una palabra, me admiraba su conducta; pero consideré prudente no exasperar su mal humor por medio de comentario alguno. Finalmente, sacó del bolsillo una cartera, guardó en ella el dibujo y la dejó en un pupitre que cerró con llave. Desde entonces pareció que recobraba sus maneras tranquilas, pero su primer entusias-

mo había desaparecido completamente. A medida que la noche iba adelantando, absorbíase más y más en sus meditaciones y no hubo agudeza mia que le arrancara de ella. Primeramente habia tenido la intencion de pasar la noche en la cabaña, como había hecho otras veces; pero viendo el mal humor de mi huésped, consideré mas conveniente marcharme. No hizo esfuerzo alguno para detenerme, y al despedirme me estrechó la mano con cordialidad mas viva de la que acostumbraba.

Un mes habia pasado desde esta aventura, durante el cual no oí hablar de Legrand, cuando recibí en Charleston una visita de su criado Júpiter. Nunca había visto al buen viejo negro tan abatido y me sobrecogió el temor de que hubiese sucedido á su amo alguna desgracia.

— ¿Qué hay de nuevo, Júpiter? le pregunté. ¿Cómo sigue tu amo?

— Si he de decir la verdad, Massa no sigue tambien como debiera.

— No lo creía yo así. ¿De qué se queja?

— De nada; pero os aseguro que está muy enfermo.

— Enfermo, Júpiter? ¿Porqué no me lo has dicho en seguida? Guarda cama?

— No, no está en cama. No está en ninguna parte, esto es lo que siento. El pobre Massa Will me infunde serios cuidados.

— Te confieso que quisiera entender algo de lo que me cuentas. Dices que tu amo está enfermo y no sabemos cual es su enfermedad.

— ¡Oh! Massa, es inútil romperse la cabeza... Massa Will dice que no tiene nada absolutamente; pero, si es así, ¿porqué camina de uno á otro lado, pensativo, con la cabeza caída, encorvado y pálido como una oca? Porqué escribe sin cesar números y más números?

(Continuará.)

A.....

Ayer, todo era bello y refulgente;  
Todo tenía encantos para mí;  
Do quiera hallé motivos de contento;  
¡Si estaba junto á tí!

Hoy, paréceme oscuro cuanto miro;  
En nada hallo armonía, en nada luz;  
El mundo es para mí solo un desierto....  
¡Si no estás aquí tú!

Antonio Hernandez Perez.

## UN INTERIOR DE DILIGENCIA.

Traducido por E. F.

(Conclusion.)

— Ah! Dios mio! qué desgracia, exclamó,

es el Sr. Pedro Lepré que nos ha alcanzado; ahora sí que vamos á estar bien comprimidos. Tan pronto como alcanzó la diligencia, el comisionista en géneros coloniales, saltó del carro y se presentó á la portezuela que el conductor acababa de abrir.

— Ah! con<sup>que</sup> U. sale sin esperar á los viajeros, gritó furioso.

— Tres veces os he prevenido, replicó el conductor.

— Se previene seis veces, señor; se previene doce: parece que U. es muy avaro de palabras? ¿Qué cuesta hablar? Yo no podía dejar al jefe de posta, mientras me refería la desgracia ocurrida á la diligencia de ayer? No saben UU. caballeros que la diligencia que nos precedía se ahogó?

— Ahogada! digeron todos los viajeros.

— Está bien, dijo el conductor; pero, su-  
ba U.

— No señor, eso no debe ser así, replicó Lepré; U. no ve que todo el mundo está consternado.

— Os suplico, caballero, que subais inmediatamente.....

— Qué dirán nuestras familias, cuando sepan ese desastre!

— Vamos ligero.....

— Yo iba á saber los detalles, cuando me anunciaron que U. se había marchado.....

— Y vamos á hacer otra vez lo mismo, dijo el conductor con impaciencia.

— UU. han visto! exclamó Lepré, que se apresuró á subir; tengo bastante de carro; arriba estoy, conductor, en marcha.

Hicieron mil preguntas al comisionista en especies y refirió cuanto le habían manifestado, despues interrumpiéndose, segun su costumbre y habiendo conocido al sargento, exclamó.

— Oh! es el señor que he tenido el honor de ver en Anse?

— Yo mismo, caballero, respondió el sargento.

— Dichoso encuentro, dijo Lepré. Así como U. me ve, soy el amigo de todos los militares; me habría hasta gustado sentar plaza, sino hubiera encontrado un sustituto.

Fué interrumpido por la Señorita de Locherais que acababa de observar que estaba mojado.

— Es esa condenada niebla, dijo Lepré, limpiándose con su pañuelo.

— Pero no se sube al coche en semejante estado, replicó la Señorita Athenais con tono incómodo; cuando uno se ha mojado, debe quedarse fuera y seguir mojándose.

— Para secarse? contestó riéndose, Lepré gracias! ya tenía bastante; además mi cocher o estaba borracho y poco ha faltado para zabullirnos en el rio.

— Ah! diablos.

— Eso habría sucedido á la diligencia de ayer; á menos que no hubiéramos encontrado un valiente que nos salvara, no sería este el primer caso. Habrá tres años, cuando la grande inundacion, un obrero solo salvó á cinco personas que se ahogaban en un coche cerca de la Guillotiere.

— Nosotros lo sabíamos tanto mas, cuanto que mi primo tenía allí á su mejor amigo.

— Es verdad! dijo el cazador.

— Y debió su salvacion á la abnegacion de aquel jóven.

— Oh! todos los detalles de esta accion son admirables, dijo Darvon con calor, el caballo asustado había llevado al coche á lo mas fuerte de la corriente, la muchedumbre miraba desde la orilla sin atreverse á prestar socorro; no tenían esperanzas las cinco personas que se encontraban en el coche.

— Bah! interrumpió el militar, había entre ellos que sabían nadar y sin duda se hubieran salvado.

Gontran no respondió.

— El coche empezaba á desaparecer, continuó, cuando un obrero se presentó en un pequeño bote, que manejaba con trabajo en medio del Ródano; tres veces se vió en peligro de volcar. Los que le contemplaban desde la orilla le gritaron: no vaya U. mas lejos; véngase á la orilla, que va U. á perecer. Pero él nada escuchaba y adelantaba más y más hácia el coche, que alcanzó á fuerza de valor y destreza.

— Y de fortuna, dijo el militar.

— Sin duda, replicó Grugel, que había notado el movimiento de impaciencia de Gontran; pero esa fortuna no la tienen sino las gentes de corazon.

— Es un hermoso rasgo, dijo la Señorita Athenais, y que ha debido ser provechoso á su autor.

— Dispense U. señora, dijo Darvon, el obrero, sin duda, ha juzgado que la verdadera recompensa de nuestras acciones generosas, está en nosotros mismos; pues fuera de peligro todo el mundo, se retiró sin querer recibir ni oír nada.

— No faltara mas! exclamó el militar, sino que se hubiera hecho pagar.

— Y no se sabe su nombre? preguntó Lepré.

Perdone U., se llamaba Luis Duroc.

— Cómo! U. dice Luis.

— Duroc.

Lepré se volvió hácia el militar.

— Pero este es vuestro nombre! exclamó.

— El nombre del señor! repitieron todós los viajeros.

(Continuará.)

*Establecimiento Tipográfico de Gonzales.*